

LAS VÍAS EUROCOMUNISTAS. INTRODUCCIÓN

A principios de marzo de 1977 se reunieron en Madrid Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y Georges Marchais, secretarios generales de los Partidos Comunistas Italiano (PCI), Francés (PCF) y de España (PCE), respectivamente. El encuentro suscitó un enorme interés en la opinión pública internacional, dado que estos tres partidos llevaban años intentando elaborar un nuevo modelo de comunismo que se adaptase a los profundos cambios experimentados por la sociedad, la economía y la política de los países occidentales en las décadas de los sesenta y setenta. Esta tendencia común había empezado a surgir a raíz de la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968, y había tomado una forma más concreta mediante algunos encuentros bilaterales (por ejemplo, el encuentro PCF-PCI en mayo de 1973, la cumbre PCI-PCE en julio de 1975 y los mítines PCI-PCF en noviembre del mismo año y en junio de 1976) y la adopción de posturas afines en dos Conferencias de Partidos Comunistas de la Europa capitalista (Bruselas en 1974 y Berlín en 1976). Los periodistas, antes que sus propios protagonistas, habían bautizado la nueva corriente heterodoxa en el seno del movimiento comunista internacional con el término de *eurocomunismo*.¹

A comienzos de los setenta, el mito de la URSS había entrado ya en su fase de declive definitivo. Acontecimientos como la represión de la Primavera de Praga y la difusión creciente en Occidente de las voces de disidentes soviéticos, entre otras cosas, evidenciaban cada día más el carácter totalitario del sistema vigente en los

países del «socialismo real» y lo desacreditaban ante los ojos no sólo de la opinión pública y de las otras fuerzas políticas, sino también de las nuevas generaciones de izquierda, que empezaron a orientarse más hacia las nuevas y heterogéneas tendencias florecidas alrededor de Mayo del 68. De hecho, entre las filas de los jóvenes comunistas empezaron a extenderse las posturas tercermundistas y maoístas: a este respecto no hay que olvidar que la ruptura entre Moscú y Pekín había quebrantado irremediabilmente la imagen del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como guía única de la revolución mundial.

Por su parte, PCE, PCI y PCF se encontraban en un momento especialmente delicado, dado que sus respectivos sistemas políticos, cada uno a su manera, estaban atravesando una fase de grandes transformaciones, y los PPCC esperaban influir en estos cambios para aumentar su influencia en los nuevos equilibrios que se iban dibujando. El éxito de esta perspectiva requería necesariamente una modificación sustancial de su relación con la «casa madre» soviética, en un doble sentido. Tenían que romper con la subordinación ciega a Moscú que había caracterizado su desarrollo hasta entonces, para acreditarse como actores realmente independientes y nacionales. Pero eso no era suficiente: debían aparecer no sólo como partidos autónomos, sino también como promotores de un comunismo «diferente», capaz de impulsar un camino hacia el socialismo que no incurriese en deformaciones totalitarias y que se desarrollase respetando las reglas de la democracia liberal.

Efectivamente, como escribía Norberto Bobbio, el reto consistía en la elaboración de una teoría que llevase a la plena «integración de la experiencia comunista en el desarrollo de la civilización liberal», de la que según el filósofo italiano el comunismo era «ciertamente hijo», aunque todavía le quedaba por demostrar que era «heredero de pleno derecho».² En este sentido, el eurocomunismo fue un proyecto de secularización de los PPCC dirigido a librarlos del lastre de dogmas y rígidas costumbres que los había caracterizado desde la creación de la III Internacional. Se puede afirmar también que fue un intento de modernizar la cultura de la revolución o, dicho en otras palabras, de adaptar las teorías, estrategias y mentalidades revolucionarias a las dinámicas de las sociedades posindustriales. El abordar esta tarea de alcance histórico llevó al PCF, al PCI y al PCE a encarar sus señas de identidad fundamentales, a ponerlas en discusión, a rechazarlas en algunos casos y, en otros, a tratar de reelaborarlas en una clave compatible con el sistema sociopolítico y de valores de los países occidentales de las décadas de los sesenta y setenta. La dictadura del proletariado, la vigencia del leninismo, el modelo de internacionalismo, el tipo de transición del capitalismo al socialismo, la actitud a adoptar hacia el Mercado Común y el proceso de integración europea, eran sólo algunas de las viejas y nuevas cuestiones cruciales a las que los eurocomunistas debían hacer frente.

Hay que subrayar brevemente que la aparición del eurocomunismo estuvo estrechamente ligada al contexto de la «distensión», dado que el nuevo clima de las relaciones entre Estados Unidos y URSS sugería que era posible salir de la lógica bipolar. Sin embargo, ninguna de las dos superpotencias acogió favorablemente el proyecto promovido por los PPCC italiano, español y francés: en efecto, la URSS y los comunistas «ortodoxos» de todo el mundo lo condenaron como una herejía; en cambio, Washington consideraba que, independientemente de la autenticidad de las profesiones de fe democrática de

los partidos eurocomunistas, su eventual crecimiento constituía inevitablemente un elemento de inestabilidad para los equilibrios del bloque occidental y un factor de debilitamiento del vínculo atlántico de sus respectivos países.³

El objetivo de este monográfico, treinta años después del cierre de la época del eurocomunismo, es analizar, al menos de manera parcial, los logros y límites de aquel proyecto. Los casos de PCF, PCI y PCE son tratados, respectivamente, por Philippe Buton, Andrea Guiso y Emanuele Treglia, mientras que como clausura Marc Lazar traza un balance comparativo del fenómeno eurocomunista. Cabe subrayar que, a pesar de lo que dejaban presumir la propia palabra y la retórica de los protagonistas, el eurocomunismo nunca llegó a desarrollarse como una verdadera «estrategia común», en el sentido de que nunca se elaboró una línea compartida por los tres PPCC más allá de declaraciones genéricas. Ni se estableció, entre los tres partidos, ninguna forma de coordinación que permitiese actuar conjunta y efectivamente en el ámbito europeo o en el seno del movimiento comunista internacional. Además, como se verá a continuación a lo largo de este número, cada uno de los tres partidos interpretó e intentó aplicar los principios generales del eurocomunismo de manera sensiblemente diferente respecto a sus «hermanos». Si se toman en cuenta estos factores, se puede considerar el eurocomunismo como una «tentación común»⁴ que dio lugar a varios caminos y, por lo tanto, se puede hablar de vías eurocomunistas.

El eurocomunismo considerado como «tentación común» acabó al final de los setenta cuando, entre otras cosas, se cerró la etapa de la distensión y el PCF, a diferencia de PCI y PCE, aprobó la intervención soviética en Afganistán. Sin embargo, el PCE, y en menor medida el PCI, en sus respectivos ámbitos, siguieron hablando de eurocomunismo unos años más.

Annie Kriegel, en 1977, se preguntaba acerca del porvenir del eurocomunismo si unos par-

tidos antiguos, «con unas particularidades muy marcadas», tenían efectivamente la capacidad «de subvertirse, de autoconvertirse», de extraer de sí mismos «la lógica vital que asegure su persistencia, para dar un salto e incorporar otra lógica distinta a partir de algunas ideas y sentimientos básicos».⁵ En los siguientes artículos veremos que PCE, PCF y PCI no tuvieron esta capacidad, o por lo menos no en medida suficiente: el punto común fue la resistencia al cambio intrínseca a la cultura política de los partidos comunistas que, de manera diferente en cada uno de los tres casos analizados, sometió a la fórmula eurocomunista a una tensión irresoluble entre lo viejo y lo nuevo, entre la continuidad y la renovación, reduciendo drásticamente sus potencialidades innovadoras y constituyendo probablemente el factor último de su ocaso. Fue necesario un evento tan traumático como la disolución de la URSS para que la cuestión comunista quedase planteada definitivamente sobre bases nuevas.

Emanuele Treglia

NOTAS

- ¹ Hay que señalar que, si bien PCI, PCE y PCF fueron los partidos eurocomunistas por antonomasia, hubo partidos de talante eurocomunista incluso fuera de Europa, como el PC japonés. El eurocomunismo fue objeto de numerosos estudios de carácter politológico y periodístico entre el final de los setenta y el comienzo de los ochenta. Ver, por ejemplo: GODSON, Roy, HASELER, Stephen, *Eurocommunism: Implications for East and West*, Londres, MacMillan, 1978; KINDERSLEY, Richard (ed.), *In Search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981; CHILDS, David (ed.), *The Changing Face of Western Communism*, Londres, Croom Helm, 1980; BOGGS, Carl, PLOKE David (eds.), *The Politics of Eurocommunism: Socialism in Transition*, Londres, MacMillan, 1980; SCHWAB, George (ed.), *Eurocommunism*, Londres, Greenwood, 1981; MACHIN, Howard (ed.), *National Communism in Western Europe. A Third Way for Socialism?*, Londres, Methuen, 1983. Tras eso, el fracaso del proyecto eurocomunista conllevó también un declive del interés académico y de la opinión pública, y durante tres décadas las investigaciones sobre el tema han sido muy escasas. Entre las contribuciones más recientes cabe señalar: PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006.
- ² BOBBIO, Norberto, «Estado y poder», en VV.AA., *Gramsci*

y el eurocomunismo, Barcelona, Materiales, 1978, p. 124.

- ³ Ver los volúmenes 2 y 3 de VV.AA., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, CUP, 2010. Ver también: TÖKÉS, Rudolf (ed.), *Eurocommunism and Détente*, Nueva York, New York University Press, 1979; WALL, Irwin, «Les États Unis et l'eurocommunisme», *Relations Internationales*, 119, 2004, pp. 363-380; Id., «L'amministrazione Carter e l'eurocomunismo», *Ricerche di Storia Politica*, 2, 2006, pp. 181-196.
- ⁴ A propósito de la definición del eurocomunismo como una «tentación», véase el artículo de Philippe Buton en este monográfico.
- ⁵ KRIEGLER, Annie, *¿Un comunismo diferente?*, Madrid, Rialp, 1979 (la edición original francesa fue publicada en 1977).

